

el caso de que los ingleses enviase refuerzos y amenazasen atacarle.» Es, en efecto, prevenir un contratiempo de muy lejos. Junot entra con veinticinco mil hombres; España ayuda con otros tantos. ¿Cómo suponer que esos 50.000 hombres á quienes puede España enviar tan fácilmente refuerzos vayan á encontrarse en peligro por un desembarque muy hipotético de ingleses y que fueran insuficientes para rechazarlos?

Empero, después de todo, la hipótesis no tiene absolutamente nada de inadmisibles, bien que la cifra de 40.000 hombres sea exorbitante, y que el refuerzo se encuentre de esta suerte ser mayor que el cuerpo expedicionario. El negociador español va por otra parte tomando la precaución de hacer añadir al artículo «que el nuevo cuerpo no entrará en España sin el consentimiento de las dos partes contratantes.» Lo que no se le ocurre, es, que ese cuerpo de ejército, una vez esté en frontera desguarnecida de tropas, podrá muy bien entrar sin su permiso. Napoleón es, sin duda, incapaz de faltar de esta suerte á su palabra, ¡sabido es el respeto que le merecen las fronteras!

Si el inconsiderado ministro del rey de España hubiese podido leer ciertos pasajes de las nuevas instrucciones que Napoleón dirigía á Junot el 31 de Octubre, tres días después de la firma del tratado de Fontainebleau, hubiese estado menos convencido de sus buenas intenciones y hasta hubiese principiado á concebir algunas sospechas.

En esta carta recomendaba á su lugarteniente que se presentase como amigo, lo mismo cuando «entrase en el territorio portugués que en el territorio español» asimilación que no podía tener nada de tranquilizadora, luego más abajo añadía: «Ya os he hecho conocer que, al autorizaros á entrar como auxiliar, era para que pudierais haceros dueño de la armada, puesto que mi partido está ya tomado de apoderarme de Portugal.» Apoderarse de Portugal

para España, se dirá sin duda: en modo alguno, á continuación le dice: «En seguida que tengáis en vuestras manos las diferentes plazas fuertes, poned en ellas comandantes franceses, y aseguraos la posesión de esas plazas. No tengo necesidad de deciros que no hay que poner plaza fuerte alguna en manos de los españoles, sobre todo del país que ha de quedar en mis manos.» Según los términos del tratado.

Estas tan explícitas prescripciones, enviadas á Junot luego de la conclusión del tratado, comparadas con la recomendación relativa al levantamiento de planos de las localidades españolas por los oficiales de ingenieros, y de la concentración del cuerpo de cuarenta mil hombres en la frontera de España, esas tres condiciones, decimos, indican suficientemente que el tratado de Fontainebleau, lejos de haberse tomado un sólo instante en serio por su autor, como se ha pretendido, no había sido á sus ojos más que un medio para engañar más cómodamente á España, un pretexto para introducirse en su territorio, y una entrada en materia para proyectos más vastos. Un último indicio no menos significativo de los proyectos de Napoleón, es el secreto absoluto que impone á Carlos IV respecto de todos aquellos que habrían podido ilustrarse. El tratado de Fontainebleau fué un misterio para los ministros españoles. Entre ese espíritu débil y el emperador no habrá intermediarios. ¡Un tratado por interpretar, despojos que repartir, una ocupación militar que hay que sostener de concierto, cuantos accidentes, cuantos conflictos, cuantas oportunidades imprevistas no podían salir de aquí, sobre todo en un país débil, devorado por las facciones y por un hombre tan hábil para hacerlas nacer y para explotarlas llegada la ocasión! Es todo lo que de momento necesita, por de pronto todos los elementos de un inmenso incendio se han acumulado, no falta más que la chispa; no hay más que esperar, su astucia y su fortuna harán el resto.



## CAPITULO XIV

### ESPAÑA Y PORTUGAL

Beauharnais embajador de Francia en Madrid.—Su carácter personal.—Sus relaciones.—Entra en la camarilla de Fernando.—Fernando.—Su vida.—Godoy: aumentase la adhesión pública contra él.—Sus causas.—Si tenía razón Godoy en aborrecer á Fernando.—Carácter del príncipe de Asturias.—El preceptor de Fernando: el canónigo Escoiquiz.—Aconseja á Fernando que pida á Beauharnais la mano de una princesa imperial.—Apuros del embajador.—Comunica la proposición al emperador.—Deja Napoleón á Beauharnais que se comprometa.—Su habilidad diplomática.—Obtiene de Fernando que ponga por escrito su petición.—Imprudencia y gravedad de este paso.—El escándalo del Escorial.—Arresta Carlos IV á su hijo.—Recógense sus papeles.—Cómo Fernando deshonra á su madre.—La conspiración de Fernando.—Prende Carlos IV á Napoleón para que le ayude con sus consejos.—Napoleón lo tenía ya todo preparado para la invasión de España.—Da orden Napoleón de que entre Dupont en España.—Decreta la organización de un tercer cuerpo.—Con qué pretexto quería legitimar la entrada de estas fuerzas: 11 de Noviembre de 1807.—Por qué da Napoleón contraorden á esta entrada.—Revelaciones de Fernando á su padre. Denuncia á sus cómplices.—Asístase Godoy ante la complicidad de Napoleón.—Manda sobresaer la causa criminal formada á Fernando.—Pide éste perdón á sus padres: 5 de Noviembre de 1807.—Ordénase que desaparezca del proceso todo cuanto haga relación con Francia.—Izquierdo y Champagny: exigencias de Napoleón.—Absuelve el tribunal á todos los acusados.—Disgusto en palacio.—Cómo Napoleón engañaba á Carlos IV.—Por qué tomó partido por Fernando.—De Tournon en España: su verdadera misión.—Ordena á Dupont que pase la frontera: 13 de Noviembre.—Mándale que no pase de Victoria.—Por qué se marcha á Italia Napoleón.—Marcha de Junot á Portugal.—Cómo se presentó Junot delante de Lisboa: 30 de Noviembre de 1807.—Sale la armada portuguesa para el Brasil.—Embarque y expatriación de la familia real.—Ultimos esfuerzos del regente para congraciarse con Napoleón.—No se deja entrar en Francia á su embajador.—Establécese Junot pacíficamente en Lisboa.—Gobierno de Junot.—Repréndele Napoleón su dulzura.—Ordénale varias exacciones: 20 de Diciembre de 1807.—Confiscaciones y destierros.—El pretorianismo napoleónico.—Recelos de España.—Pídense explicaciones á Napoleón.—Habilidad diplomática de Godoy.—Planes de Napoleón.—Ofrece á Luciano el trono de Portugal.—Pretende Napoleón quedarse con las provincias españolas entre Ebro y Pirineos.—Entrevista de Napoleón y Luciano.—Niégase Luciano á repudiar á su esposa.—Rehusa la corona de Portugal.—Entrega su hija á Napoleón.—Versatilidad de los planes de Napoleón.



STABA de embajador de Francia en Madrid, un antiguo miembro de la Consiguiente, después soldado de Condé, Beauharnais hermano del primer marido de Josefina. Este, pariente de Napoleón, había reemplazado en Madrid á Beurnonville desde el mes de Marzo de 1807. Hombre sincero, leal y honrado, no podía dar lugar á sospecha alguna contra el honor de España, mientras él estuviere de representante de su patria.

Beauharnais por sus cualidades personales hubo desde luego de formar parte de la camarilla de Fernando VII, amén de esto, tenía para estar al frente de Godoy, motivos sobrados en su incierta conducta en los últimos tiempos, y como hasta aquel momento Fernando no representaba más que una causa honrada, Beauharnais pudo, guardando todas las consideraciones debidas á su posición, mostrarse afecto al príncipe de Asturias. Pero esto notorio, dió por resultado que su casa fué el centro de todas

las intrigas de la corte, pues, ¿en dónde tomar consejo mejor que en casa del representante del árbitro de Europa?

Fernando VII, aconsejado por su favorito Escoiquiz, pues, en rigor la partida entablada lo era entre Escoiquiz y Godoy, afectaba vivir retirado y con una tristeza que mortificaba á lo sumo á los reyes por lo que encubría y por lo que daba á entender. Esta actitud le hacía simpático al pueblo español, indignado contra el favorito de María Luísa, por su

rapacidad más que por merecer los favores de la reina, pues, Godoy había acabado por aplicarse todos los empleos y honores que pudieron darle consideración ó granjerías. Y esto, que no se sabía que se había cortado, ó le habían cortado en Portugal un principado, el de los Algarves, para que tuviese derecho propio á alternar con las personas reales. Todo esto había acabado por acreditar la especie de que se quería cambiar la línea de sucesión al trono, y hasta un cambio de dinastía.



JUNOT

La antipatía de Godoy por el príncipe de Asturias no era tampoco infundada. Había descubierto en él, la alma baja, rastrea y cruel que había de ensangrentar á España durante su ominoso reinado, y sentía en consecuencia la repugnancia instintiva que inspira el descubrimiento en un joven de las cualidades de un gran criminal. Pero el disimulado é hipócrita príncipe de Asturias se presentaba como un reformador y regenerador, y en este terreno Godoy no podía vencerle porque su gobierno era una ruina, y porque no podía poner al descubierto las raterías de un príncipe que hubiera podido disculparse con lo mezquino de su posición y el desprecio de sus padres.

Escoiquiz, hombre de iglesia, canónigo, antiguo preceptor de Fernando, tenía por su discípulo verdadero afecto, que no excluía los apetitos de su

ambición personal, no porque ambicionase los altos puestos de la jerarquía eclesiástica, sino porque deseaba sustituir á Godoy, en esto de disponer á su antojo de los destinos de España. Por esto, tan pronto Beauharnais llegó á Madrid, conector del carácter caballeresco del nuevo embajador, procuró interesarle en favor del príncipe de Asturias, pidiéndole para su amo la mano de una princesa imperial, pues, Fernando había rechazado el matrimonio que se le había propuesto por Godoy de casarse con su propia cuñada María Luísa de Borbón.

Beauharnais quedó sorprendido por la proposición que se le hacía, comprendía cuan irregular era que el presunto heredero de la corona, le hiciera tal proposición á espaldas de su padre, temía, además, comprometerse, pero á la vez creía que no podía

dejar de poner en conocimiento de Napoleon lo que había pasado. Prometió, pues, á Escoiquiz, enterar á su gobierno de los deseos del príncipe, y, en efecto, escribió á Napoleon, primero en términos velados lo que había pasado, luego al ver que no era reprendido, se fué clareando hasta presentar formalmente la petición del príncipe Fernando. Napoleon, en efecto, no sólo no se incomodó, sino que escribió á Beauharnais para que alentase al príncipe en sus

pretensiones, pero sin comprometerse. El embajador francés, pues, continuó sus conferencias con Escoiquiz, creyéndose formalmente autorizado para ello por su gobierno, pues dicho se está que Napoleon al añadir á su lira esta nueva cuerda para hacer bailar á los españoles á su són, se guardó muy mucho de iniciarle en sus planes, así, cosa inaudita, hasta le ocultó el tratado de Fontainebleau, pues, de conocerlo el íntegro Beauharnais, había de sobras de



Marcha de Junot

comprender que se le hacía centro de una indigna intriga, que esto le revelara la creación del principado de los Algarves para Godoy.

Beauharnais llega á apurar tanto á Escoiquiz, que éste cayó en sus redes, pues habiéndole dicho el diplomático francés que nada podía hacer de una manera formal sobre las simples indicaciones del delegado de Fernando, éste escribió el día 11 de Octubre una vergonzosa súplica, pidiendo «que se le concediera el honor de alianza con la familia imperial.» Beauharnais recibió esta petición de manos de Escoiquiz al día siguiente. Pero en esta petición, Fernando hacía algo más que pedir una princesa imperial para esposa, pues después de ponderar á Napoleon «á ese héroe que borra todos sus ante-

cesores,» su situación particular reclama la intervención «paternal» del emperador. No puede, pues, darse acto más inconsiderado que el que había realizado Fernando, pues no sólo faltaba á su padre y á sus reyes, sino que pedía la intervención extranjera para arreglar sus cuestiones de familia. Napoleon, pues, tenía ya en su mano el motivo que había ido hasta entonces buscando para intervenir en los negocios de España.

La policía de Godoy que rodeaba el príncipe de Asturias, no pudo llegar á descubrir los manejos del príncipe Fernando, sabía, empero, que mantenía una viva correspondencia, pero no se sabía con quién; fué, pues, necesario dar un gran golpe y Carlos IV se decidió. El rey dió orden para que se recogieran